

¿UTOPIA O DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA?

POR

JEAN OUSSET

Es un hecho que media docena de personalidades han podido dialogar durante cuatro horas acerca de las relaciones de la «fe» y de la política sin que se lograra saber si la fe por ellos evocada era la de un *verdadero asentimiento de la inteligencia a la verdad*, de la auténtica enseñanza de la Iglesia Católica Romana, y no está fe, puro *sentimiento religioso ciego que surge de las profundidades tenebrosas de un subconsciente moralmente informado bajo la presión del corazón y el impulso de la voluntad* (1)..., Ciertamente que, durante estas cuatro horas, ninguna de esas personalidades, reputadas católicas, ha creído necesario evocar la «doctrina social de la Iglesia», de la que Pío XII no vacilaba en decir que es *clara... que es obligatoria, y que nadie puede apartarse de ella sin daño para la fe y el orden moral...* (2). Proclamémoslo, es el estilo de hazaña, al cual desde hace tiempo La Croix (3), ¡ay!, nos ha preparado y habituado.

Hasta tal punto, que ya no le damos ninguna importancia. Se deja engañar el que quiere.

Es verdad que hay un grado de menor relieve, pero más extendido, en que un eficaz descrédito permanece sobreentendido contra esta doctrina social de la Iglesia, pretextando que ésta no apareció sino, al modo de un tardío incidente de trayecto, solamente hacia la mitad del siglo XIX, como simple reacción epidérmica, totalmente temporal y transitoria, fruto de un tradicionalismo clerical

(1) San Pío X: en su *motu proprio*, del 2-09-1910.

(2) Pío XII: Discurso del 25-04-1945.

(3) La Croix: *Pèvenement*, 17-02-1981.

ahuyentado y sobrepasado por la invencible irrupción del espíritu revolucionario. Argumento popularizado por una ignorancia a la cual, advirtámoslo, hemos llegado a habituarnos a expensas, en gran parte, de la formación religiosa de los católicos franceses.

Pero, al menos, nos parecía imposible descender más bajo. ¡No nos engañemos!

Porque he ahí que una de las mayores autoridades del clero francés, poco amiga, al parecer, del silencio mantenido entre nosotros, desde hace por lo menos un siglo en torno a la doctrina social de la Iglesia, ha creído, poco antes de la campaña electoral reciente, que era su deber hacer, por medio de la televisión, un llamamiento a los «utopistas» generosos para que nos hagan salir, al fin, del fango moral, cultural, social, político.

Fue esto así hasta el punto de que el poco sospechoso de celo católico, Emmanuel Leroy-Ladurie, en un artículo publicado en el *Figaro* (4), no tuvo reparos en recordar, en tema de utopías, que «los genocidios del siglo XX, los de Camboya, de la Rusia de Stalin, de la Alemania hitleriana, han sido justificadas por tal o cual utopía ... y, acaso —prosigue Leroy-Ladurie—, ¿no sería preferible evocar la solidaridad tradicional entre la Iglesia de Francia y la Iglesia polaca?».

¡Es lo menos que puede decirse!

He ahí donde estamos; al menos, he ahí la dirección en la que se invita a mirar: la de utopías generosas concebibles o propuestas. ¡Como si la Iglesia Católica, desde más de un siglo, no hubiera multiplicado directrices, consejos, llamadas, para que los católicos comprendan mejor lo que deben proponerse, lo que conviene promover para la instauración, para la defensa, de un orden social lo más digno posible del hombre y de su destino!

¿Acaso no basta una mirada hacia el entrepaño de las bibliotecas donde han sido recogidos todos los documentos, discursos pontificios, consagrados a esos temas desde hace más de un siglo y medio, para que el cristiano, incluso advertido, no quede estupefacto ante la amplitud de la enseñanza? Sin embargo, mientras que

(4) *Le Figaro*, 12-03-1981.

las más mínimas locubraciones de un clérigo, de un religioso o de un prelado dudosos, catapultados por los «mass-media», son orquestadas de un extremo al otro del mundo; la doctrina auténtica de los auténticos vicarios de Jesucristo, desde Gregorio XVI a nuestro Juan Pablo II, gloriosamente reinante, es prácticamente asfixiada, pasada en silencio, edulcorada, cuando no comentada de tal manera que se declara sobrepasado su sentido más obvio, incluso antes que estos documentos hayan podido llegar al conocimiento de los seglares cristianos a quienes se proponía esclarecer.

Cada vez más, arraiga la tesis según la cual, bajo pretexto de trascendencia, se acepta prácticamente que el cristianismo debería ser aislado de lo temporal, como puramente espiritual, como esencialmente desencarnado, única y solamente como luz y fuerza de las conciencias individuales. Luteranismo y jansenismo, ignorados tal vez; pero, no obstante, muy reales.

Sin embargo, la enseñanza de Pío XII es de otra especie y de otro rigor argumental. Así, escribía (5): *«De la forma que se dé a la sociedad, conforme o no a las leyes divinas, depende y se insinúa a su vez el bien o el mal de las almas; es decir, el que los hombres, llamados todos a ser vivificados por la gracia de Cristo, en las terrenas contingencias del curso de su vida respiren el sano y vivificante hábito de la verdad y de la virtud moral o el bacilo morboso y a veces mortífero del error y de la depravación».*

En consecuencia, cooperar al restablecimiento del orden moral, decía Pío XII: *«¿No es esto un deber sagrado para todo cristiano? No os acobarden, amados hijos, las dificultades externas, ni os desanimen el obstáculo de la creciente paganización de la vida pública. No os conduzcan a engaño los suscitadores de errores y de teorías malsanas (... ¡y utópicas!), perversas corrientes, no de crecimiento, sino más bien de destrucción y de corrupción de la vida religiosa; corrientes que pretenden que, al pertenecer a la redención, al orden de la gracia sobrenatural y al ser, por lo tanto, obra exclusiva de Dios, no necesita nuestra cooperación en este mundo.*

(5) Conmemoración del cincuenta aniversario de *Rerum novarum* (1-06-1941).

¡Ob miserable ignorancia de la obra de Dios! "Pregonando que eran sabios, se mostraron necios" como si la primera eficacia de la gracia no fuera el corroborar nuestros sinceros esfuerzos para cumplir diariamente los mandatos de Dios, como individuos y como miembros de la sociedad; como si, hace dos milenios, no viviera y perseverara en el alma de la Iglesia el sentido de la responsabilidad colectiva de todos por todos, que ha movido y mueve a los espíritus hasta el heroísmo caritativo, de los monjes agricultores, de los libertadores de esclavos, de los sanadores de enfermos, de los abanderados de la fe, de la civilización y de la ciencia en todas las épocas y en todos los pueblos para crear las únicas condiciones sociales que a todos pueden hacer posible y placentera una vida digna del hombre y del cristiano».

Por eso decía unos párrafos antes: *«Ante tal consideración y previsión, ¿cómo podría la Iglesia, Madre tan amorosa y solícita del bien de sus hijos, permanecer cual indiferente espectadora de sus peligros, callar o fingir que no ve ni aprecia las condiciones sociales que, queridas o no, hacen difícil y prácticamente imposible una conducta de vida cristiana, ajustada a los preceptos del Sumo Legislador?».*

¡Cita de Pío XII!... ¡que no resulta difícil afirmar que es una invitación a algo completamente distinto de la utopía.

Nada de lucubraciones estrictamente meníngicas en este análisis y en este diagnóstico de un realismo implacable.

Perfecto ejemplo de esta indisoluble fusión de lo natural y de lo sobrenatural, característica específica de la única y auténtica religión cristiana. Ya que es religión de una divina y esencial *encarnación*, y de ahí el realismo, de ahí la fecundidad práctica, tanto como el misterio, que manifiesta la alianza definitiva del Cielo y de la tierra.

Y, por lo tanto, ¿cuándo nos decidiremos a comprender que el desprecio de esta *«alianza nueva y eterna»* hace imposible la verdadera fe en Jesucristo *verdadero Dios y verdadero hombre*, y, por lo mismo, la verdadera fe en lo que es y en lo que debe ser su verdadera Iglesia? Trae una fe desarraigada y (muy especialmente) re-

mitida a este puro sentimiento, condenado por San Pío X. Impulso híbrido, más que de una conciencia, de un subconsciente psicológicamente complejo. ¡Un sub-budismo! ¡Un sub-confucionismo! Desencarnación (¡ay!) en la que una multitud de clérigos y de cristianos osan creer y la presentan como una prueba de santidad transcendente, ¡cuando no es sino un auténtico despedazamiento del verdadero orden humano, rescatado y divinizado por la Cruz de Jesucristo!

Extraña cosa, en verdad, este frenesí de desencarnación desantificante.

Frenesí muy significativo, sin embargo; pues, a este grado y sobre este punto, se juega la salvación del mundo.

De ahí la observación de este contemplativo, fogosamente apasionado de la más humilde encarnación del Señor de la Gloria, en el misterio eucarístico: San Pedro-Julían Eymart: «*Los falsos profetas, los fundadores de falsas religiones son el alma de las leyes civiles de sus pueblos. Así Confucio para los chinos, Mahoma para los musulmanes, Lutero para los protestantes. Sólo Jesucristo, el fundador de todas las sociedades cristianas, el soberano legislador, el Salvador del género humano, el Dios hecho hombre, no tiene una sola palabra en el código, en la mayor parte de las naciones, incluso las cristianas. En ciertos países, incluso Su Nombre es una sentencia de vida o de muerte*» (6).

No gusta, pero, a las personalidades escogidas por el diario *La Croix*, que la verdadera fe de la Iglesia, la verdadera fe en la Iglesia implique esta proyección de la doctrina católica romana, no solamente en la vida privada, sino también en la vida social y política. Hay ahí una característica inseparable de la misión de la Iglesia aquí en la tierra. Que el naturalismo que se respira en el ambiente haya llegado a hacerlo olvidar, y haya acallado el deber, incluso en las esferas eclesiásticas y en los servicios de una persona cruciforme, no cambia nada el quehacer: «*Omnia instaurare in Cristo*».

Tanto más falso es pretender que esta proyección de la doctri-

(6) San Pierre Julein Eymart: *La Sainte Eucharistie: la Présence Réelle* -1- (Edit. 1950).

na social católica romana sea una invención tardía del siglo XIX. La verdad es que esta proyección de la doctrina temporal es tan vieja como la misma Iglesia, porque sus primeros elementos son muy claramente perceptibles en las Epístolas, por no decir que también en el Evangelio. Ninguna novedad, pues, en el principio de esta enseñanza. Lo que ha podido parecer nuevo es la manera cómo a partir del siglo XIX ha sido difundida esta enseñanza; es decir, desde la evidente apostasía de las naciones reputadas hasta entonces cristianas. Hasta entonces, la Iglesia, siempre respetuosa con las jerarquías legítimas, ponía, escrupulosamente, un punto de honor en hacer llegar sus enseñanzas según los pasos dados por las potencias soberanas. No es, pues, sino a partir del momento en que estas potencias soberanas, reyes, príncipes, dietas, o parlamentos, obstaculizaron la difusión de esta sabiduría cristiana que los soberanos Pontífices tuvieron que recurrir a la fórmula de las Cartas Encíclicas, para intentar así educar más directamente y con mayor seguridad a los «pueblos» convertidos en «soberanos».

Lejos de no haber existido hasta entonces la enseñanza social y política de la Iglesia, había discurrido hasta entonces por los cauces del Derecho canónico en breves, rescriptos, decretales y bulas. Textos que, frecuentemente, tomaban un lugar en la legislación de los pueblos a quienes se refería. Lo cual, debemos convenir en que, por lo menos, era más eficaz que una enseñanza difundida, como entre bastidores, por simples Encíclicas.

Y pues, se comprueba, que lo nuevo, si no reciente, no es la enseñanza social de la Iglesia sino la apostasía de las naciones cristianas. Es el respeto humano de los católicos y de los clérigos ante la presión del naturalismo y del laicismo revolucionario. Lo que es nuevo es la desidia de los cristianos.

Lo que es nuevo no es el Tratado *De regimine principis*, de Santo Tomás; no lo es el *Derecho de gentes* de Francisco de Vitoria, no lo es la *Política deducida de la Sagrada Escritura* de Bossuet... Lo nuevo es que un prelado no se haya dado cuenta de lo que decía con sus palabras al hacer una llamada a los «*utopistas generosos*» para asegurar la salvación de la sociedad.